

## LA CRISIS DEL FASCISMO ESPAÑOL ENJUICIADA POR UN FALANGISTA

Por *Dionisio RIDRUEJO*.

(Recientemente, y con anterioridad a los sucesos estudiantiles que se registraron últimamente en España, se publicó una carta del poeta español Dionisio Ridruejo, dirigida a varios Ministros del Gobierno del General Franco, que produjo un verdadero impacto entre quienes siguen de cerca los problemas de España, sobre todo por tratarse de opiniones de un hombre que llegó a ser, al término de la guerra civil, uno de los personajes de la Falange más destacados.

Ha llegado a nuestras manos ahora una copia del informe confidencial, secreto podría decirse, que a raíz de aquellos sucesos presentó el propio personaje a los miembros de la Junta Política de la Falange, sobre la situación de España. Está dividido en dos partes, refiriéndose una a esta situación política general y a la posición personal del informante; la otra trata de interpretar los indicados sucesos como síntoma de una realidad española. Por creerlo de gran interés, especialmente en la parte que hace referencia al espíritu que anima a los universitarios españoles, recogemos algunas partes de este extenso y significativo documento.)

### I. CUESTIONES PERSONALES

“No casa con mi idea de lo que debe ser una vida civilizada, el lamentable espectáculo dado por el poder público a mi costa y a costa de otros inculpados y consistente en ponernos, por una parte, en manos de un juez y por añadidura en prisión gubernativa y anticipar, por otra parte, una sentencia sobre los hechos que han de juzgar los Tribunales. Como

no lo es tampoco, la de definir públicamente nuestras idas e intenciones cuando los así definidos no tenemos la menor opción a rectificar y poner a punto esta definición.

“Mi caso se ha presentado ante la opinión, que es por otra parte opinión meramente receptora, y aun ante los mismos gestores políticos de la situación, de una manera sumamente vaga. Por otra parte parece que soy un pseudo-intelectual desorientado e ingenuo que ha servido —por vanidad— de instrumento a la intriga de unos jóvenes sumamente astutos. Sobre poco más o menos una especie de idiota. Por otra parte aparezco en la lista de los corruptores intelectuales de la juventud, creador consciente e inconsciente de un clima de rebelión, de disipación espiritual, de desmoralización política y Dios sabe de cuantas cosas más. Una y otra versión no se concilian si no es acudiendo a una tercera más ajustada a la verdad. Y la verdad es que mis juicios sobre la situación presente e inmediatamente pasada de España, mi visión de los problemas nacionales, mis ideales morales para la política española, expuestos muchas veces ante los jóvenes pública y privadamente, han inspirado en muchos de ellos un movimiento de confianza ya que no de adhesión, pues yo no he ido nunca en busca de clientela, suficiente como para que me hicieran a su vez participe de sus inquietudes, dudas e ilusiones; mientras que mi comprensión de estos problemas suyos, mi adivinación de su buena fe y de su limpieza de corazón, me ha hecho ocuparme de ellos con la mejor esperanza y ayudarlos en sus tentativas que pueden resumirse en una: la de su presentación renovadora en la vida civil española.

“Comprendo que es penoso y amargo que, una vez más, *la juventud más joven* sea nuestra principal esperanza. Ello viene pasando reiteradamente en nuestro país y da testimonio no sólo de nuestro temperamento adámico y discontinuo sino de la mala salud general de nuestra sociedad. Pero es así y en todo caso, es un tópico repetirlo, la juventud es el porvenir, esa cosa que tan angustiosamente aparece hoy ante los españoles. ¿Y cómo se le va a pedir a nadie que se desentienda de eso para no restar fuerza a la seguridad artificial y apuntalada de que disfrutamos en el presente? Una seguridad tan exterior, tan poco entrañada en la justicia, que se tambalea al menor soplo, sin otro recurso que el de la fuerza material y directa. Toda la propaganda alarmista que se ha prodigado en estos últimos días, sólo una cosa parece haber puesto en claro: que *esto* no se sostiene en ningún fundamento verdadero como puede ser la sólida estructura de la sociedad, la satisfacción pública o el alto grado de conciencia de los ciudadanos, sino en un armazón coactivo de mirame y no

me toques al que cualquier crítica puede alterar y al que la más modesta de las frondas estudiantiles basta para poner en crisis. ¿Y es sólo esto lo que hay que defender sin más, a toda costa y mientras dure?

“Cuando se habla de peligro comunista, no se habla en vano, ya lo sé. Pero de ésto hay que hablar lealmente o callarse. El peligro comunista no está entre nosotros en forma de conjura. Pregúntese a la Brigada Social de la policía española, que en esta ocasión no ha encontrado un comunista en buen uso a mil kilómetros de distancia, y contestará. El partido comunista español no tiene, al parecer, en España una organización importante y sus pretendidas infiltraciones en el mundo juvenil son una fantasía indemostrada por ahora. El problema no es, pues, de una acción sino de una predisposición. Preguntémonos con lealtad qué realidades son las que de verdad se oponen a la expansión del comunismo. ¿La mera vigilancia policial? ¿Su mera exclusión como fuerza organizada? Que conteste Italia con el partido comunista más fuerte de Europa, brotado de repente después de 20 años de exclusión, de vigilancia y de propaganda doctrinal adversa. En Francia este peligro ya es mucho menor. En Holanda o en Alemania Occidental es pobrísimo. En Suiza, en los países Escandinavos o en Inglaterra es casi nulo. En América, nulo en absoluto. Y todo ello sin precauciones espectaculares, salvo la fugaz operación americana de los últimos años. ¿Porque sucede esto? Porque un país es tanto menos vulnerable a la acción comunista cuanto más ciertamente reúne estas tres condiciones: elevado nivel de cultura, esto es de espiritualidad consciente; buen nivel medio de vida con su consecuencia natural de acortamiento de las diferencias de clases; y nivel de conciencia ciudadana, que es como decir hábito en el ejercicio de la responsabilidad por parte de la mayoría de los individuos como cogestores, por tenue que sea el grado de vinculación práctica a la tarea, en la empresa pública. A estas tres condiciones debe añadirse, como consecuencia moral de ellas mismas, un amor generalizado por la libertad y, si se quiere el desideratum, un nivel de religiosidad alto y depurado. Con ello se tendrá el cuadro ideal de una defensa anticomunista.

“¿Es éste el cuadro de la sociedad española? Quitando el nivel de religiosidad, objeto por otra parte de escandalosa inflación y muy cargado de fariseísmo, todas las otras realidades son deficitarias. Con un grado de libertad interior y de educación ridículo, con una desigualdad social pavorosa que da niveles mínimos de vida deplorable y con un embotamiento de la conciencia ciudadana casi total, porque el español ha tenido siempre en grado mínimo esta virtud y porque el régimen persistente y

reiterado de tutela o sustitución no le ha permitido ni exigido adquirirla o aumentarla, si no es de tarde en tarde y en tal caso para darla en administración a los demagogos, España es, en efecto, un buen caldo de cultivo del virus comunista, como lo fue la Rusia en 1918 y parte de la Europa devastada por la guerra en el mismo tiempo. Al comunismo no se le combate en serio con brillantes operaciones policíacas, y muchos menos si éstas van dirigidas cínicamente sobre comunistas inventados de nueva planta, que lo único que consiguen es atemorizar y crispar al país; sino reflexionando seriamente sobre aquellos tres temas neurálgicos que hemos señalado: 1º El grado de libertad espiritual. Porque nadie puede en nuestro tiempo adquirir fidelidad alguna a lo que hereda o recibe coactivamente sino sólo a lo que libremente elige, aún si se trata de la fe religiosa. 2º El grado de igualdad social. Porque nadie defenderá la estructura de un orden social en cuyas ventajas no participa y en el que juega el papel pasivo y sobrecargado de víctima de la holgura ajena. 3º El grado de conciencia, de educación y de efectiva participación y responsabilidad ciudadanas que es el que liga al hombre a su comunidad y a su Estado con vínculos de fidelidad. Porque quien no opina sobre los asuntos públicos ni participa en ellos, ni es llamado a capítulo para nada ¿cómo va a interesarse por el Estado que se convierte así en un mero instrumento de exacciones y de coacciones, esto es, en un enemigo?

“Ya comprendo que una política que preste atención a esos tres asuntos será en la práctica, y a mí las teorías no me importan ya demasiado, una democracia. Pues bien, no negaré que he llegado también a esta conclusión y la acepto honradamente.

“Escribo la palabra democracia de una manera un tanto ecléctica y penúltima, sin superstición alguna, y con pena de no encontrar a mano otra menos equívoca, puesto que yo no hablo aquí de ningún proyecto de imitación formal, sino de una suma de valores que nada prejuzgan sobre el tipo concreto de instituciones que deben encuadrarlos. Creo que con esa palabra se definen algunos contenidos imprescriptibles de nuestra civilización, tal como históricamente nos la hemos encontrado, y no supongo que expresa su desideratum. Esos valores, representan o suponen una mayor confianza en la razón humana que en la fuerza bruta; un mayor gusto por la libertad, en la que debe fundarse toda disciplina activa, que por la servidumbre pasiva y forzosa; más respeto por las cualidades y las funciones personales que por la situación heredada; una mayor confianza en el asentimiento general que en el capricho de unos pocos, porque, aunque siempre serán unos pocos los que deben conquistar el asen-

timiento general, la necesidad de seguir obteniéndolo será la mayor garantía de su moralidad y hasta, si Dios es bueno, de su mérito y eficacia. Yo no creo que la democracia de la que deba hablarse sea tanto un principio o un sistema de ideas, como una condición histórica y un conjunto de adquisiciones prácticas, que se funden en los valores que hemos citado: un espíritu de libertad para la inteligencia, un espíritu de igualdad social y un ejercicio efectivo de la vida civil. Me parece que, respecto al momento de la civilización en que nos encontramos, viene a ser en orden a la organización política, algo tan necesario como la utilización de las técnicas científicas lo es en el orden de la producción económica. Desde luego no se trata de una panacea. Gentes milagreras, improvisadoras e inconscientes como somos nosotros, tendremos siempre el peligro de tomarla como tal. Cuando lo que sucede precisamente es que la cosa menos interesante del mundo sería la proclamación del repertorio clásico de los *Principios democráticos*, muchos de los cuales son tremendas inanidades.

“El problema sigue siendo, el de qué clase y qué grado de democracia sean posibles entre nosotros. Y cómo puede ser democracia española—no desde luego la simple aplicación teórica de una democracia ideal—es un problema sobre el cual el diálogo nacional debería estar abierto. Porque lo que caracteriza más gravemente a nuestra situación es la de ser un camino que no va a ninguna parte. Y esto sucede porque nuestros gobernantes se han empeñado en proclamar que no vamos a ninguna parte puesto ya estamos donde debíamos estar. Pero eso no es cierto por la sencilla razón de que, en política, el estar es estar en camino hacia algo, planteamiento y previsión del porvenir, pues hay un algo que ha de llegar siempre y se puede elegir entre ir conscientemente hacia ello o esperar dormidos, caminar dormidos, hasta que nos sorprenda. Las formas políticas no son metas, sino medios para ir a tales o cuales finalidades ideales y prácticas.

“Por otra parte la salida normal y en continuidad de una situación a otra se llama reforma; la salida menos cómoda pero no del todo temible, se llama cambio de régimen. Una salida con ruptura de la continuidad, como un salto brusco en lo imprevisible, se llama Revolución. Se trata aquí de saber si de nuestra situación —que es deficiente y promete pocos perfeccionamientos tal como es ahora— vamos a salir por una reforma, por un cambio o por una revolución. Mucho me temo que el Régimen se declare a sí mismo perfecto y suficiente, y el hecho más sintomático aún de que trate siempre a los propugnadores de reformas o de cambios como aliados de la Revolución, significa su voluntad de

dejarnos en esa cruda alternativa que ya —según la leyenda— se le ocurrió proclamar a un Rey francés, con el mayor éxito, por otra parte: “Después de mí el diluvio.”

“Sólo de mala fe puede negarse que la conciencia ciudadana de los españoles se atrofia día a día por falta de uso y que los modos de representación popular —no digamos los de opinión y crítica— son puras pamemas. Esta atrofia no sólo produce la grave atonía, disgregación y desentendimiento político que todos lamentamos y que nos tiene en el mayor desconocimiento sobre el humor y la orientación de nuestras masas, sino que las convierten a éstas, de paso, en el mejor, más seguro y más dócil de los objetivos de una futura y no imprevisible demagogia. Ah, pero despertar o tratar de despertar en ellas alguna forma de conciencia es un delito. Por otra parte tal atonía —junto con la cerrada imposibilidad de crítica— lleva consigo, como es también visible, otras muchas secuelas de desmoralización en el orden general de la vida: baja moralidad profesional, baja moralidad administrativa, apicaramiento, hipocresía y otras mil lacras con las que uno se tropieza a cada paso.

“No hay duda de que nuestro Estado, sumamente autoritario en todas las zonas débiles y de poca resistencia, es un Estado muy poco fuerte frente a los poderes efectivos de nuestra desarticulada sociedad. La corruptora supresión de la responsabilidad ciudadana ¿quién la echa de menos mientras haya tolerancia para las pequeñas inmoralidades de cada día? Pero la disciplina enérgica de los medios de producción, de las riquezas empresarias o especuladoras, de los intereses creados, es cosa más difícil. Nuestro Estado elude cotidianamente esa responsabilidad. Así la meta del nivel de vida satisfactorio —en la tierra, en la industria y en la propia administración— queda emplazada en el infinito. Por lo que se refiere a la política cultural, el panorama es sobradamente conocido. El pandemonium ininteligible en que andamos metidos estos días, no parece obedecer sino a esta consigna tácita: *Por la libertad intelectual entra la peste*. La crispación del Régimen en este terreno ha sido manifiesta de algún tiempo a esta parte. Si una revista desaparece, si un libro no puede publicarse o leerse, si la enseñanza superior se hace negligente o cae en manos de este o aquel inepto, o si la investigación gasta más en lo inútil que en lo necesario, si en fin, ser intelectual o escritor es una credencial de sospechoso, ¿a quién le importa? Al Estado parece que no. A los españoles en general, temo que no demasiado porque a todo se acostumbra uno y especialmente a que no quede nadie que pueda exigir de nosotros mismos algo más de idealidad y algo más de rigor.

“Frente a este panorama —compensado sin duda por otras cosas que no tengo que decir porque es lo único que tiene que decir la prensa diaria ¿qué cabe hacer? Si no somos unos insensatos, ante todo, reflexionar. Si hemos reflexionado un poco, poner nuestro grano de arena en el remedio. ¿Es que no hay modo de ser un español activo y responsable, si no es dentro del conformismo y la sumisión absolutos? Lo primero que se le ocurre a un español que no puede ser semejante cosa pero que no es un amante de las catástrofes, es aconsejar, implorar, exigir, las reformas que son indispensables. La rectificación que es urgente. Eso he venido haciendo —según los medios que mi reflexión y mi experiencia me iban aconsejando— desde 1942, (cuando me aparté voluntariamente de toda función pública y de todo compromiso de partido, pagando, sin resentimiento, por la sinceridad de mi gesto, cinco años de extrañamiento forzoso). Especialmente entre 1951 y 1954 —con la pluma y con la palabra— he insistido en la petición de reformas. En cierto modo pedía demasiado; casi invertir radicalmente los métodos de nuestra política. Estamos haciendo, decía yo, lo que más puede favorecer los vicios del hombre español: Se favorecen con métodos inquisitoriales en lo negativo y de mendicidad y ramplonería en lo positivo, la atrofia de la libertad interior —que vale como decir la capacidad de fe viva y de entrega libre— en nuestros conciudadanos. Y por otra parte se favorecen, con la negligencia más anárquica en materia económica y en materia de deberes sociales, su frenética incapacidad de solidaridad y disciplina. Pero cuando hace poco he suscrito alguna de estas afirmaciones para la vida universitaria, resulta que con ello he cometido un delito. ¿Qué no habría sucedido si hubiese solicitado formalmente que se nos arbitrasen para la vida general del país algunas otras formas viables de democratización? Si desde hace algún tiempo me dije a mí mismo —y lo digo ahora sin tapujos— que me parece indispensable ir meditando sobre la conveniencia de un cambio, antes de que la revolución nos asalte y puesto que falta la voluntad de reforma, supongo que esto será ya demasiado para que pueda tolerárseme. Pero en realidad las condiciones en que ese cambio —que sucederá aunque sea en su tiempo natural— pueda encontrar a los españoles, es mi mayor preocupación y la que me ha movido —incluso cuando más sinceramente esperaba la simple reforma— a no estar inactivo y a predicar lo que pensaba. Yo me hice falangista a los 20 años. Diré, antes de que sea tarde, que entre los 20 y los 40 he tenido tiempo y derecho a hacer propias las ideas entonces meramente recibidas, a anotar mis propias experiencias y a profesar hoy convicciones no del

todo idénticas a las de aquel tiempo. Pero aún pasados 20 años —y pasados en consecuente independencia— recuerdo cuales eran los ideales que ya entonces me parecían la médula de mi filiación: se trataba de que hiciéramos los españoles la patria de todos, sin excluir a nadie. Sin declarar a nadie y sin que nadie viniera a ser en la práctica español de primera o de segunda. Igualándonos —sin merma de la jerarquía funcional— en la tarea y en sus frutos. Y convocando en ello nuestra calidad de personas —con su libertad— sin reducirnos a números. El hecho de haber trabajado metódicamente en esta tarea, contra mi conveniencia, puede servir cuando menos de garantía a mi sinceridad. A través de mi pensamiento, he cobrado amistad por otros espíritus españoles que ya habían tenido la visión completa y elevada de una España cuyo secreto consistía en tener que hacerla, pero hacerla materialmente: en su riqueza, en su trabajo, en sus instituciones, en su estructura social, en su vida intelectual y artística, en su eficiencia militar, por encima de toda disputa e incluso aprovechando la energía de las disputas: hombres como Ortega y Gasset, o Costa, o Menéndez Pelayo o D. Juan Maragall. Siguiendo de algún modo su ejemplo he procurado superar en mi espíritu y heredar en él cosas tan diversas como el cristianismo fundamentador, el liberalismo, la democracia, el sindicalismo y el socialismo; elementos del diálogo de nuestro tiempo que un día quisimos sintetizar y acaso sea indispensable hacer dialogar de nuevo. Porque cuando todas esas cosas dialogan —esto es, no vociferan— y dialogan para algo, para llegar a algo, sea sintéticamente en un espíritu, sea abiertamente en una sociedad; resulta que cada una de ellas tiene tesoros que entregarnos.

“En fin, con el espíritu hecho así y hecho, a la vuelta de los años, de comprensión, sigo pensando que los españoles han de ponerse a hacer España —no a que se la hagan— y pienso que la norma de la sustitución minoritaria irrevocable y permanente no es nada buena para ello. La minoría lo es fecundamente mientras encabeza y dirige —es decir lleva detrás— a la sociedad. Deja de serlo y se malea hasta la esterilidad cuando se limita a imperar sobre ella. Lo que el poder político tiene que hacer no es lo que tienen que hacer las minorías; las minorías están detrás de aquél para exigirle y para relevarle en sucesivas experiencias. Cómo se articula formalmente esto no me interesa demasiado. Sólo se que esto exige un cierto juego de variedad y por lo tanto una considerable largueza de libertad. Esta es mi variación: de mi fe en el mesianismo revolucionario a mi fe en el juego dialéctico de las oposiciones con el objetivo común del bien público.



“¿Pero es que otros, y en algún modo todos los otros, no han cometido mayores cambios y si se quiere infidelidades? La verdad es que el contenido reformista del falangismo —en lo más profundo y audaz de sus expresiones— se fue al diablo hace tiempo sin que nadie o casi nadie haya convocado a las centurias para dar caza a los traidores. Por eso si se me pregunta por mi falta de fidelidad diré que, aparte de los cambios efectuados en mi propio espíritu y que están apoyados en la misma clave, es que no se trata ya de la misma cosa. Que esto de hoy no es lo de ayer. Y pongo en duda que eso sea solamente una subjetiva justificación sentimental. Cuando días pasados la Falange oficial se dejaba arrastrar a un choque con la Universidad, y asumía en hipótesis el engorroso cometido de una represión contra los intelectuales, confieso que he sentido un desgarramiento penoso. Pero ha sido el último y no sería sincero si dijera otra cosa.

## II. LOS SUCESOS ESTUDIANTILES

“Si los destinatarios de este escrito no tienen un recuerdo fiel de su propia juventud, acaso no puedan comprender lo que está pasando ahora, en España con los jóvenes universitarios. Esta generación, al menos tomada por sus cumbres, es combativa. Y lo es porque está poseída por la idea de que la situación en que ha de hacer su vida se la tiene que hacer ella por sí misma. Esta impresión será en el joven más o menos radical según la situación se lo imponga de un modo o de otro y tendrá una proyección social inmediata o esperará a proyectarse en su tiempo, a través del hombre maduro que en el joven se ha formado, según las posibilidades u oportunidades que para ello se den. En una época y en una sociedad de ideales muy sólidos y unánimemente profesados y de estructura social muy segura, la cantidad de elementos recibidos que el joven puede rechazar será poquísima y su manifestación en cuanto puro joven casi imposible.

“En las almas juveniles por lo general aparece hoy una mezcla de disgusto rebelde e ilusión en disponibilidad. Pero hay que preguntarse seriamente que clase de información han recibido esos jóvenes sobre las cosas del pasado y del presente, sobre lo de España y lo de fuera. Qué ejemplos se les dan desde los puestos más elevados de la sociedad. Y que nociones, ideales y proyectos les comunican. Qué oportunidades de expresión, de ensayo y de diálogo se les pone al alcance de la mano. Y, en

fin que se hace con las pocas personas que consiguen despertar en sus corazones alguna esperanza o algún afecto. El joven no tiene donde ni qué elegir, salvo que elija en un mundo presentado ante ellos como una película de buenos y malos, entre lo impuesto y lo prohibido. Reciben al mismo tiempo una cantidad abrumadora de noticias falsas e interesadas, parciales o arregladas según una supuesta conveniencia. Tenemos como ejemplo la consabida y absurda historia, tan prodigada, que presenta la imagen de una España saludable, homogénea, creyente, apetecible, perturbada y al fin destruída por la intromisión de unos cuantos malvados traductores de *ideologías extrañas* y corruptores del pueblo.

“El peligro que una falsedad, sea la que fuere, tiene siempre para el alma joven, es el peligro de matar primero la confianza en quien la dice y luego de agotar la capacidad de fe. Un joven sometido a un régimen intelectual de nociones falsas e inexactas y a un régimen informativo de verdades a medias, acabará volviendo del revés todo lo que recibe: traduciendo automáticamente toda noticia a su contrario. ¿Cómo se les cuenta hoy a los jóvenes la historia de la República española o de nuestra propia guerra civil? Tengo alguna experiencia de ello y no sé si es más sorprendente la versión de los nuestros o la conclusión de los discípulos.

“Los jóvenes, con todo esto, lo único que acaban por adquirir es el hábito de mirar por el ojo de la cerradura, con la deformación consiguiente de la visión que tal forma de mirar lleva consigo. Siempre por el sistema de traducción explicada, resultará que sólo lo prohibido es lo que vale, mientras que el prolijo dogma oficial no es más que materia de hastío. Y luego viene el capítulo de las contradicciones, de los malos ejemplos, de las realidades que no casan con las teorías ni con las informaciones.

“Si todo esto sucede en el orden intelectual y político, no sucede menos gravemente en el religioso. Que el sacerdote tienda a aparecer siempre en la línea de *los que mandan*, es de un efecto apostólico deplorable. Una buena parte de la crisis espiritual de algunos sectores de nuestra juventud nace de esa inocultable realidad.

“La realidad es que los jóvenes están a la espera. La conciencia de un porvenir ya no muy lejano que traerá oportunidades diferentes a las de ahora, los impacienta y los excita. ¿Hay que llamarlos a filas, reducirlos a obediencia y a silencio, mantenerlos en libertad estrechamente vigilada, o bien hay que darles armas y bagajes y una brújula seria para que puedan orientarse por sí mismos hacia ese porvenir que apetecen? Mi discrepancia con el gobierno, o la suya conmigo, se ha producido con-

cretamente en torno a este tema. Yo puedo no suscribir muchas de las opiniones que algunos de esos jóvenes suscriben provisionalmente. Pero fundamentalmente, por lo que se refiere a su protesta, a su impaciencia, a sus exigencias de libertad, moralidad y justicia, estoy con ellos.

“Basta ese cuadro, entendido de buena fe, para explicar los sucesos que han ocasionado este tumulto sin recurrir a explicaciones folletinescas con conspiradores aviesos en la sombra. Pero no hay buena fe. Nos basta un caso para demostrarlo. Estos jóvenes y los de las hornadas anteriores, han tenido un maestro, uno entre los pocos que han podido contar, que ha consumido torrentes de paciencia y tolerancia y caudales de lealtad y de rigor en su tarea. Me refiero a Pedro Laín Entralgo. Entre otras muchas cosas —enseñar— a leer al que no sabe lo que de todos modos ha de leer, proponer ideas nobles, hacer gratos y sugestivos la religiosidad y el patriotismo, centrar los impulsos de justicia, etc. —él ha hecho, sobre todo, para los jóvenes—, la gran propaganda de los deberes: el deber de ser honrados en las convicciones, competentes y celosos en la dedicación profesional, leales para con la verdad dondequiera que aparezca; rectos y puros en la vida personal, fervorosos y claros en la vida civil. Pero este hombre ha sido considerado en las esferas responsables —y antes en las capillas irresponsables donde se forman los caciques con capa de apóstoles— como un encubridor, si no el directamente culpable, de todas las *desviaciones* juveniles. Una vez más ni la realidad social deficiente, ni la educación gruesa, ni la información mendaz e interesada, ni ningún otro de los factores de la situación tienen nada que ver con la cosa. Hay unos responsables capaces de redimir a todos de culpa, y vamos tirando.

“En estos sucesos se ha acudido una vez más al expediente perezoso y simplista de ignorar o ocultar las causas sociales, políticas y psicológicas de un malestar espontáneo, para buscar la explicación de una conjura de carácter ideológico y que —¿cómo no?— debe cargarse una vez más en la cuenta de “las ideologías extrañas” cuyos gérmenes infecciosos han sido transportados a la Universidad española por agentes preparados al efecto, al amparo de cómplices más o menos inconscientes. A los liberales y masones de otros tiempos siguen ahora —sin que los liberales dejen de tener su parte también—, los comunistas. Lo único desconcertante es que, después de todo, después de los muchos, fatigosos y honrados trabajos de la policía, y después de los trabajos más arduos aunque menos probos, de algunos periodistas para novelar el resultado de las

investigaciones de aquella, los comunistas siguen sin aparecer por ninguna parte.

“Se nos ha dado una versión histórica del *caso de los estudiantes*, pero también hay la posibilidad de hacer la historia de la represión que se ha llevado a cabo, la política y la policial; historia que nos permitirá preguntarnos si tal represión ha sido una respuesta o el aprovechamiento de una ocasión que se venía a la mano. Algo ha sido patente para todos: no hay correlación de importancia entre la naturaleza y el volumen de los sucesos y las consecuencias de los mismos. Los sucesos se limitan por de pronto, a una recogida de firmas para elevar una petición al Gobierno (no importa de momento la naturaleza de la petición). La réplica abarca todos estos extremos: envío a la Universidad de fuerzas de represión uniformadas y ajenas a aquel centro, proclamación en la prensa, a bombo y platillo, de un importante *complot* de inspiración comunista, meditación de una represalia general de tipo anárquico, detención definitiva y procesamiento de unas 25 personas y detención provisional de casi un centenar más; suspensión de las garantías personales del fuero de los españoles; destitución de dos Ministros y de algunas jerarquías académicas; aumento notorio de las precauciones policiales en todas partes y apertura de un proceso intranquilizador ante la opinión pública. Si algunas cosas grotescas se han presentado ante la opinión pública, ninguna llegará a serlo tanto como la lista del tremendo arsenal de propaganda recogido por la policía, como prueba de una propaganda ilegal comunista, en las casas sumadas, de seis u ocho conspiradores: Dos libros de poesía lírica, dos o tres periódicos y revistas recibidos por correo, unos folletos de las juventudes europeístas de Strasburgo, un libro de Koestler, el borrador de un poema algo subversivo escrito por su autor a los 17 años —esto no se dice pero yo lo sé— y jamás publicado y unas fotografías de *niños pobres* y *tristes* sacadas por un fotógrafo argentino —esto no se dice pero conozco la prueba que lo determina— no en España sino en Italia, Francia y la Argentina. Doy por seguro que si se examina el archivo y la biblioteca de un español cualquiera libre de toda sospecha, pero un poco curioso, aparecerá un arsenal mucho más comprometedor que éste, tan fatigosamente reunido.

“Pero sigamos con la historia. Hay desde 1951, un diluvio de denuncias públicas y privadas sobre el peligro que la influencia de ciertos intelectuales, podían representar para la *espiritualidad* universitaria. Se trataba sin duda de una astuta previsión, porque para aquellas fechas ya estaban denunciando algunas personas honradas que conocían el am-

biente, el fracaso de los métodos de educación religiosa y política practicadas hasta el momento y la aparición de un clima inconformista y rebelde, que en principio yo considero muy saludable, desorientado pero sensible, dentro de la masa estudiantil. Y yo diría que también fuera de ella. Con esas denuncias, si el futuro se presentaba turbio como era de preveer, ya quedaban configurados los futuros responsables o chivos expiatorios y resultaba ociosa la pena de cualquier acto de contricción general. La tesis desde la cual se disparaban estas flechas de la inculpación anticipada era, ni que decir tiene una vez más, la de la nación sana y fiel frente a los contrabandistas de ideas nefandas. Los culpables de cualquier futura rebelión, cuyos brotes espirituales, repito, estaban en plena lozanía ya por aquellos tiempos, serían esos intelectuales *tolerados* y, en general, todos los intelectuales, salvo unos poquitos muy bien escogidos, del presente y del pasado. Los Unamunos, Barojas y Ortegas volverían a estar en la primera línea de la peligrosidad. Ortega sobre todo. Ortega ha sido como una *clave* en este caso. Y nadie ha reparado aún en la paradoja de que un pensador tan moderado, tan de orden, tan antidemagógico como él, haya promovido con su renovada influencia nada menos que una explosión universitaria de entusiasmo filo-comunista. Pero esto es lo que necesitan para justificarse una sociedad injusta y culpable, un sistema político corto de recursos y toda la casta de los mediocres intelectuales. Da rubor hablar de estas cosas.

“Muchas de esas denuncias procedían de círculos intelectuales consagrados a la práctica de la intriga y del mangoneo, en los que se quieren emular los métodos y sustituir el influjo de la vieja Institución Libre de Enseñanza a la que odian y admiran por igual y contra cuyos antiguos miembros o simpatizantes hacen una guerra a muerte. Como aquella institución, pero imitando el sectarismo y olvidando la suficiencia y el auténtico amor por la cultura que aquella tuvo, quieren copar las cátedras, monopolizar los intercambios y publicaciones y tomar los puestos del gobierno cultural. Como los fines son santos... —la defensa de nuestra Religión y de la genuina tradición española— todos los medios valen. Lo único grave es que este ambiente *intelectual* no ha dado a la vida intelectual española, salvo dos o tres hombres valiosos, más que un conjunto de nulidades. Pero lo que no puede hacer la calidad lo hará la táctica.

“Sólo dos meses antes de los sucesos, la *conjura comunista*, estaba perfectamente prevista y definida en una correctísima denuncia, llegada a varios despachos ministeriales, con todos los nombres, pelos y señales.

La policía no ha tenido que hacer sino seguir el esquema que allí se le brindaba. Yo he tenido el honor de luchar polémicamente contra esta campaña de acusación a los intelectuales, de proceso a las ideas, de recelo contra la inteligencia, de miedo a la competencia, de odio a la libertad, hasta que sus más poderosos aliados, los dictadores de la opinión, me cerraron la boca. Con la boca medio cerrada he seguido aún en mis trece. Y sigo ahora.

“En cuanto a la Falange, ha sido el despecho la causa de su reacción: la juventud se le ha ido a la organización oficial de las manos; los propios cuadros del Frente de Juventudes rezuman inquietud, hipercrítica, descontento. Y el S. E. U. se va quedando desierto. Va dominando en la Universidad el tipo de joven que, por todo lo dicho, no puede ya ser heredero, depositario y, menos aún, militante sumiso. Por otra parte, en la vieja masa falangista un tanto aburguesada, derechizada, conformista, ha ido penetrando el recelo anti-intelectual proverbial en lo más grueso de la derecha española, donde se piensa que esas gentes volteadoras de ideas, fabricantes de ideales, ejercitantes de la crítica, exigentes y desasegadas, vienen a perturbarlo todo; son incómodos.

“El clima de una total intolerancia estaba preparado por todas partes cuando los estudiantes cometieron la osadía de pedir unas reformas. Lo que pasó lo sabe todo el mundo. Apenas recogidas las firmas de la petición, los jefes del S. E. U., me consta porque tuve noticia indubitante de ello, dieron la consigna de oponerse a esa pretensión y de *promover incidentes para que pudiera intervenir la policía* y eliminar de la Universidad a los promotores de la que pudiéramos llamar pacífica agitación. Con aprobación del Ministerio de Gobernación se dio orden de concentrar en la Universidad misma a los militares de cualquier edad que se encontraran a mano para dar una lección a los estudiantes. Parece también que se usó de una pequeña trampa, un supuesto maltrato a algún símbolo, para lograr la reacción. Al día siguiente los estudiantes se manifestaron en señal de protesta y chocaron en su camino con un grupo de la Falange juvenil que venía de un acto oficial. Aun sigue en el misterio la procedencia del disparo que hirió a uno de los jóvenes falangistas y la de los que hirieron a algunos otros estudiantes. No corría prisa esclarecer estos hechos sino aprovechar la circunstancia. La especulación que, desde entonces, se ha venido haciendo con la desgracia del joven Miguel Alvarez es una de las cosas más tristemente inhumanas que hemos conocido en los últimos años. Se pretendió que esa herida sirviera para todo: para suprimir Ministros inconvenientes o Rectores poco gratos,

para *limpiar la oposición*, para revitalizar el partido, para otorgar, acaso, la futura presidencia del Consejo de Ministros a un gobernante enérgico, para reinstalar al Opus en el poder y al S. E. U. en la Universidad

“Aquel día se soñó en una *noche de los cuchillos largos* y en un entierro popular y sangriento. Fui avisado de que mi modesto cadáver, convenientemente magullado, era uno de los que debían aparecer al día siguiente en el depósito judicial.

“Yo no sé si en aquel momento se perdieron los nervios y recorrió por la espina dorsal del aparato gubernativo una corriente de pánico o si entró a funcionar un plan friamente meditado para el aprovechamiento de la ocasión. Los promotores y organizadores de la modesta petición estudiantil fuimos detenidos, incomunicados y puestos, nueve días después, a disposición de un juez que nos procesó por reunión ilegal y otros conceptos delictivos. Fue entonces cuando vino la campaña de prensa acusadora, en un clima de *a por ellos* propio de los mejores momentos revolucionarios, y la supresión de garantías. Numerosos estudiantes conocieron los calabozos nada higiénicos ni confortables de la Dirección General y se produjo la pequeña crisis. Pero por si todo eso era poco alarmante, o como si fuera urgente justificar la desmesura de todo eso, comenzó a fraguarse el proceso de los antecedentes, de las infiltraciones comunistas, de la conjura de largo curso. Para empezar, y sin mejor examen, se pusieron en la picota, ante la opinión pública, los nombres de unos cuantos estudiantes cuya *probada filiación* no se probará nunca jamás, aunque la especie haya quedado sembrada para confortación de los leales perplejos, acobardamiento de los espectadores moderados y lección de los simpatizantes. Una protesta estudiantil no es grave y puede ser simpática. Una oposición serena no es grave y puede ser un estímulo. Pero un *complot* comunista es una amenaza muy seria y ¡eso no! ¡Todo menos que estos niños irresponsables vengán a jugar al juego de volver a empezar! Desde un punto de vista psicológico, la versión oficial era la más útil, acaso la única útil, para conseguir una repulsa de alguna extensión. Era tan útil que resultaba inmediatamente sospechosa antes de resultar completamente falsa.

“Digo esto porque estoy absolutamente seguro, con un grado de conocimiento que no tiene ni la policía ni los informadores de prensa que, por otra parte, no me contradicen con sus conclusiones de hecho, de que *en este asunto no hay ni ha habido otra cosa que la espontaneidad de un disgusto, autónomo, interior y justificado*, que ha ido adquiriendo madurez, conciencia y perfiles de significación por si mismo, *sin que en ello*

*haya intervenido ni el aparato del comunismo internacional ni ninguna otra fuerza organizada y definida. Niego absolutamente que haya un sólo comunista, ni de filiación ni de convicción, entre los estudiantes detenidos y acusados. No hay ni siquiera filo-comunista apreciable. No niego que en la ideología todavía inconforme y mal ajustada de alguno de ellos, algunas tesis comunistas, pero no privativas del comunismo, tesis redentoristas de carácter sentimental, ocupen un espacio. También lo ocupan de alguna manera en mi corazón y en el de cualquier corazón cristiano. Que el comunismo aparezca aún ante muchos como el amparo de los humildes estará justificado y lo seguirá estando mientras no haya quien dé muestras de querer sustituirle con seriedad en ese terreno. Y no vale seguir diciendo que liberal y comunista son cosas equivalentes porque tomar esa actitud nivelatoria sí que es cosa de comunistas, los cuales han hecho de la palabra fascista un compendio que incluye a todos sus adversarios, desde el aristocrático liberal inglés o el popular demócrata americano al partidario de Trosky o de Tito. Cuando vivimos en el mundo en que vivimos, esa confusión es de mala fe. Cuando el liberal demócrata y el comunista están cada día a punto de ser los antagonistas en una guerra atómica, cuando en esa presunta guerra nosotros ya hemos tomado campo al lado del liberal, cuando todos los días se transcriben en nuestra prensa las objeciones que en nombre de la libertad se hacen a Rusia, no se está en condiciones morales de afirmar, para uso interior, que el liberal y el comunista son equivalentes. Nuestro cinismo político no puede llegar a tanto. Por otra parte, ahora, después de un mes largo de convivencia carcelaria, conozco a todos los jóvenes detenidos con alguna profundidad. A algunos los conocía ya bien. Que no hay entre ellos un sólo comunista lo saben bien, cuando menos, los que tienen que juzgarles. Estos muchachos tienen, como corresponde, una mentalidad de información, abierta a la curiosidad por todas las cosas. Sienten muy enérgicamente, como ya he dicho, el llamamiento de la justicia. Sienten amor por la libertad. Creen en la cultura. Creen en España críticamente como yo mismo. Están dispuestos para cualquier llamamiento noble y claro: generosamente disponibles. Dotados de la espiritualidad elevada aunque alguna en crisis y dificultades. Que almas juveniles tan bien dispuestas, sean tratadas tan toscamente, porque eso conviene para componer un cuadro, es cosa que subleva. Todo lo que han hecho estos jóvenes es hablar con un cierto desparpajo contra las cosas que les disgustan o mostrar con sinceridad y valor sus devociones, o bien buscar un medio en el que fuera posible la presentación de la propia personalidad. Desde los *Encuentros entre la**



*Poesía y la Universidad*, celebrados por los años del 52 y el 53, puede apreciarse cómo el clima entre la juventud universitaria era siempre y generalmente de ansiedad por el futuro político, de crítica y disgusto por la situación presente y de curiosa incertidumbre por lo que se refiere al modo de actuar de los jóvenes y a la trayectoria ideológica que deberían elegir. En la Universidad, y en otros encuentros análogos posteriores, el clima era aún más vivo, más mordaz, más exasperado. Allí, entre la masa universitaria tan tensa de impacencias políticas, tan preñada políticamente por la represión y el silencio, circulaban ya ideas confusas e incluso peligrosas, no diré extremistas pero sí desde luego extremadas. La sugestión de todo lo prohibido, de todo lo proscrito, de todo lo oficialmente condenado, era la nota dominante en este aspecto. Pero con muchos de ellos hablé de la situación espiritual de los jóvenes universitarios. De los peligros de encono y exageración que había en su silencio forzoso, de la conveniencia de encontrar modos un poco más sosegados y regulares de dialogar con ellos para que las ideas se pusieran en claro y las cosas en su sitio. A estas preocupaciones y sugerencias mías respondieron con una buena fe, una claridad y un deseo de comprensión y hasta de dirección excepcionales y de cuya sinceridad no puedo tener duda alguna. *El diálogo que esclarece, mejor que el silencio que envenena, me ha parecido y me sigue pareciendo la mejor forma de tratar de convertir a la Universidad, no en la escuela de párvulos que no puede ser, sino en la escuela de vida civil que tanta falta nos hace. En un país tan aficionado a la violencia, a la demagogia, al mesianismo, al milagrerismo político, a la improvisación pasional, tratar de poner en el alma e imponer como hábitos de la juventud una afición al intercambio civilizado de opiniones, al coloquio razonador del que salen los acuerdos fecundos, es una necesidad absoluta; aunque no sea una necesidad fácil de satisfacer sin riesgos.* No era el problema, no ha sido nunca para mí, el de reducir a los jóvenes a la obediencia o a la fidelidad al régimen constituido. Si yo hubiera deseado tal cosa se me podría llamar estúpido. A mí lo que me interesa es el estado de conciencia y de mente conquie las minorías españolas que estarán para madurar cuando el cambio sea inevitable, puedan y sepan afrontar ese trance con responsabilidad, con ideas claras, con ilusión por el plan de una convivencia justiciera, libre y patriótica y no por un desbarajuste pasional y demagógico.

“De la frustración de un Congreso de Escritores Jóvenes, nació el proyecto o la tentativa de solicitar la convocatoria de un Congreso de estudiantes en el cual pudieran discutirse y estudiarse los problemas de

la Universidad, demasiado complejos hoy para que el instrumento del S. E. U., tal como es, pueda darle solución. No se pretendía, en realidad, otra cosa. El proyecto de convertir la Universidad en escuela de vida civil, fue una vez más entendido por estos jóvenes con un espíritu de cordura y templanza verdaderamente esperanzador. Luego pasó lo que todo el mundo conoce, aunque lo conozca con las *necesarias* tergiversaciones. ¿Qué tiene que ver todo esto con una conjura comunista, con no sé qué consignas de Praga que nadie conocía y con no sé qué previsiones de Indalecio Prieto, con el que nadie tenía la más remota relación? Esto claro es, no soy yo el que debe contestarlo. La policía y los Ministerios de Gobernación e Información no parecen estar respecto a todo ésto mejor informados que yo y acaso por ello siguen las detenciones y los procesos. Quizá con mucha suerte y allá en la lejanía, aparezca, al fin de la cadena, el conocido de un amigo de la novia del conocido de otro amigo de uno de los *conjurados* que era el que realmente servía como enlace. Es cuestión de tiempo y de paciencia.

“Pero mientras tanto el Gobierno ha dado un espectáculo de confusión y temor que es difícilmente subsanable. El mundo ha conocido y comentado lo que todos sabemos. En España las opiniones se dividen entre una mitad de incrédulos y otra mitad de escandalizados, y el régimen amenaza quedarse en su puro y estricto esqueleto policíaco.

“El recuento de esas consecuencias puede servir para que todos mediten. Convendrá meditar, sobre todo, en el tema de la desproporción entre la causa y el efecto a que antes me he referido. Que de tan poca cosa como era, en principio, una actitud estudiantil, haya resultado una verdadera crisis del sistema y un escándalo político de envergadura, es algo de lo que —de haber habido empresarios—, podría decirse que *el éxito ha sorprendido a la misma empresa*. De lo cual nadie dejará de tomar nota. Pero lo cierto es que el abultamiento de la cuestión hay que atribuírselo lealmente a los formadores del *ambiente de represión* en que el Régimen ya estaba cuando los sucesos comenzaron, y a la docilidad, sea deliberada o incauta o resultado de una medrosa pérdida de nervios, con que algunos elementos del Gobierno hicieron el juego, que a estas horas no sabemos si es que al Gobierno le interesaba como expresión de su propia voluntad. Por lo que se refiere a la resonancia del caso, es evidente que su tramitación ha puesto de manifiesto la índole y la capacidad del aparato oficial tanto como la pérdida de confianza en él por parte de amplia zona de la opinión, leales hasta hace no mucho tiempo, y su pérdida de crédito ante las naciones extranjeras.

“Y, en vista de todo ello ¿A dónde vamos ahora? ¿A consolidar ese resultado simplemente? Todos los síntomas hacen pensar que vamos a la etapa dura, crispada, represiva de que hablé en unas cartas dirigidas a los Ministros del Partido y de Asuntos Exteriores, algo antes de que todo esto comenzara. O acaso no vamos, hemos llegado a ella, estamos en ella. Es la etapa de la línea divisoria. Había interés en acabar de una vez con tolerancias y debilidades, cortar por lo sano la crítica y la propuesta de reformas que algunos habíamos mantenido, e impedir las provisiones de futuro que algunos empezábamos a creer indispensable organizar dentro o fuera del sistema. El recelo, la sospecha, la indagación serán el pan nuestro de cada día y si luego todo tiene que ser improvisación y desorden, eso es cuestión de luego y no importa.”